

La ciudad literaria, portador material e inmaterial de memoria

De las “esquinas rosadas” a la
“tugurización de las azoteas”

Christina Komi Kallinikos
Universidad de Caen (Francia)
CRICCAL

Resumen

El presente artículo intenta explorar la relación entre ciudad y memoria. Elegimos abordar algunas perspectivas de Buenos Aires, en su figuración literaria, a través de la yuxtaposición de textos que se inscriben en los extremos del siglo XX. En la primera parte, a través de los poemas del primer Borges (década de los 20) asistimos al proceso de fundación de la ciudad por medio de la memoria, en gran parte inventada, del poeta. En la segunda, seguimos el camino de la demolición de esta misma urbe, a través de la novela de Sergio Chejfec *El aire* (década de los 90), destacando el papel del olvido como agente catalizador para la disgregación de la ciudad y su regreso progresivo a la planicie. Es una reflexión sobre la dialéctica de lo material y lo inmaterial sobre la ciudad como *topos* de múltiples convergencias.

Palabras clave

Ciudad - Memoria - Olvido - Borges - Chejfec.

Abstract

The present article seeks to explore the relation between city and memory. We approach certain perspectives of Buenos Aires, as configured in poetry and fiction, through the juxtaposition of texts deriving from the beginning and the end of the 20th century. In the first part, the poems of early Borges (1920s) introduce us to the very foundation of Buenos Aires through the speculative memory of the poet. In the second part we follow the process of demolition of this same city through S. Chejfec's novel *El aire* (1990s), highlighting the role of oblivion as a basic agent to the demolition of the city and to its progressive return to the country. It is a reflexion on the dialectics of the material and the immaterial, on the city as a *topos* of multiples convergences.

Key words

City - Memory - Oblivion - Borges - Chejfec.

I

Ciudad y palabra: lo material y lo inmaterial de la memoria

La ciudad, artefacto humano, lugar de hábitat, forma privilegiada de interacción social, es un portador de cultura en un sentido amplio. En ella se hallan, acumulados y sobrepuestos, múltiples estratos temporales, lo que permite recuperar el entramado de los hilos de la memoria, de una memoria colectiva que es al mismo tiempo individual y nacional. Más aún, la ciudad se podría percibir como una condensación, tanto simbólica como material, del *cambio* y por lo tanto puede ser exaltada o criticada. Como un escenario en el que desfilan los fantasmas de la modernidad, la ciudad es la máquina simbólica más poderosa del mundo moderno.¹

Tanto conjunto de construcciones materiales -calles, plazas, edificios, esquinas, unas oscuras, otras luminosas o

rosadas, cruces, ramblas, zonas céntricas y periféricas bordadas por horizontes abiertos o cerrados- como también aire y carne que interfieren con la piedra, el alma de la ciudad es más que el cúmulo de las almas de sus habitantes. Como es sabido, en los tiempos antiguos de la colonización del territorio americano, las ciudades se fundaban a través de una doble ceremonia formal: por un lado la de la espada y la cruz y, por el otro, la del acta del escribano que redactaba la escritura, a la vez testimonio y asiento de la nueva ciudad;² de la misma manera diríamos, parafraseando a Borges, que toda ciudad, pese a los millones de destinos individuales que la abarrotan permanecerá desierta y sin voz mientras algún símbolo no la pueble.³ Por eso, su fundación y su constitución como elemento de memoria viva está en la encrucijada del hecho material con el hecho social y el hecho poético.

Elegimos abordar algunas perspectivas de Buenos Aires, en su figuración literaria, a través de la yuxtaposición de textos que se inscriben en los extremos del proceso de modernización que atraviesa todo el siglo XX: por un lado el principio (década de los 20) y por el otro el final (década de los 90). El caso de Buenos Aires es sumamente interesante tanto en términos de un espacio físico como en términos de un mito cultural. El entramado mítico-literario de Buenos Aires “ha ido creciendo al mismo ritmo con que las calles de la ciudad ganaban sus orillas a la pampa y los edificios alargaban su sombra sobre el cordón de la vereda”.⁴ De la aldea a la cosmópolis y de ahí a la megalópolis, a pesar de su breve historia urbana, la reina del Plata cuenta con una producción literaria abundante que deja surgir una ciudad que, más que un escenario estático, se vuelve un campo de significaciones múltiples.

El eje de lectura del presente trabajo apunta a establecer las relaciones entre las nociones de *ciudad* y de *memoria*;

con éstas están inevitablemente interfiriendo las nociones de *olvido* y de *poética urbana*. Memoria y olvido se relevan así en materias primas de esta ciudad latinoamericana que tantas veces ha tratado de travestirse como una réplica de las metrópolis europeas.

Empezaremos con unas perspectivas relativas a la edificación de la ciudad-mito a partir de una memoria en gran parte inventada, la del poeta Borges. Sus textos fundacionales (sobre todo los provenientes de *Luna de enfrente* y *Cuaderno San Martín*) establecen -aunque inventándola- una memoria urbana; en busca de los orígenes imaginarios crean, como si fuera desde la nada, una mitología porteña rastreando e imprimiendo los marcos de un pasado épico en esquinas, calles y paredes. Tal imagen urbana será contrastada con otra, en la que reina el olvido, como resultado de disgregación de una ciudad ya hecha que se viene abajo hasta tocar su punto cero, hasta terminar en la nada. La novela de Sergio Chejfec *El aire* (1992) nos introduce en la descomposición de toda idea de urbe: el deterioro y la desaparición de edificios, esquinas reconocibles, conjuntos arquitectónicos se conjuga al mismo tiempo con la pérdida de la memoria. Memoria y reconocimiento son, al fin y al cabo, una misma cosa. Sin memoria no hay re-conocimiento, es decir no hay conocimiento de sí mismo en las cosas.⁵ Esta capacidad de encontrarse a sí mismo en el mundo objetal aparece y desaparece, nace y muere, a través de una compleja dinámica de identificación.

Génesis y desvanecimiento de una ciudad a través de su poética: la memoria que busca rastrear, fundar y edificar; el olvido que borra el pasado equivale a la condena del futuro, celebrando fatalmente el presente como único modo de existir. Semejantes procesos están además asociados con la introducción y la permanencia de un lenguaje: es el lenguaje el que crea la ciudad y es a través del lenguaje que ésta puede

ser comunicada y entendida. La pérdida del pasado, grabado tanto en la piedra como en la carne y en el papel, equivale también a la pérdida de un lenguaje. La incapacidad de recordar y de reconocerse en las cosas va de la mano con el enajenarse de este código de comunicación y de coherencia que es una lengua en común.

II

Memoria: el medio de la fundación

“El poeta posee la extraña capacidad para hablar sobre los orígenes [...] plantea el principio de las cosas como si hubiera asistido a ese momento fundacional”.⁶ Una de las preocupaciones del poeta Borges es el origen del universo, la construcción primordial del cosmos. El poeta siente el deseo y la necesidad de nombrar el mundo según un orden significativo para que éste alcance un estatuto ontológico. Se vuelve de esta manera el hacedor por antonomasia insuflando el ser a las cosas y a los seres. Buenos Aires también forma parte de este universo que para existir tiene que ser nombrado. Rescatando lo cotidiano, inventando y descubriendo, el poeta funda el pasado y el recuerdo y, por consiguiente, arma el *locus* de la memoria, que es a veces una ciudad de paisajes líricos y frágiles, a veces una Buenos Aires densa, misteriosa y dura, no conmovedora sino oscura, un escenario de turbias historias.⁷

*¿Y fue por este río de sueñera y de barro
que las proas vinieron a fundarme la patria?
Írían a los tumbos los barquitos pintados
entre los camalotes de la corriente zaina. [...]*

*[...] Prendieron unos ranchos trémulos en la
/ costa,*

durmieron extrañados. Dicen que en el

/

Riachuelo,

pero son embelecos fraguados en la Boca.

Fue una manzana entera y en mi barrio: en

/

Palermo.

*Una manzana entera pero en mitá del campo
expuesta a las auroras y lluvias y suestadas.*

La manzana pareja que persiste en mi barrio:

*Guatemala, Serrano, Paraguay y
Gurruchaga.*

/ [...]

“Fundación mítica de Buenos Aires”,
Cuaderno San Martín, 1929

La memoria incluye una doble intencionalidad: la de imaginarse, es decir dirigirse hacia lo fantástico suspendiendo la posición de la realidad (le *donné-absent*), y la de recordar, es decir dirigirse hacia una realidad anterior (le *donné-présent au passé*). Entre estas dos instancias, la imaginación y el recuerdo, la doctrina platónica de la imagen (*eikon*) establece un elemento en común: *la representación presente de una cosa ausente*.⁸ En este sentido la memoria busca restituir la presencia de una cosa ausente al mismo tiempo que presupone su ausencia; aspira entonces a la presencia a través de una ausencia y nace en el punto de *disensión* entre la inmediatez de la experiencia y la mediación de la evocación. Tal proceso implica la definición de dos momentos temporalmente separados: el que se define como anterior y el que se define como posterior.⁹

Memoria histórica mezclada con la propia mitología

urbana del poeta opta por escenas particulares componiendo un panorama de esquinas, patios, colores de atardeceres y sombras sugiriendo personajes y paisajes que se imponen y definen la ciudad a través de una mitología que busca el lenguaje más adecuado. La fundación es también un proceso lingüístico: ¿Cuál es la lengua que más le corresponde a Buenos Aires: el idioma de Cervantes y de los primeros colonizadores?, o ¿el habla local de la mezcla? De *Cuaderno San Martín* a *Luna de enfrente* el lenguaje fundacional se desplaza de un polo al otro.

*Vi las casas azules
Vi las casas que tienen colores de aventura.
Eran como banderas
Y hondas como en naciente que suelta las
afueras.
Las hay color de aurora y las hay color del
alba;
Su resplandor es una pasión ante la ochava
De la esquina cualquiera, turbia y
desanimada.*

“Casas como ángeles”,
Luna de enfrente, 1925.

La ciudad de Borges es más bien chata con esquinas humildes, con patios que permiten al cielo invadir la casa y está en armonía con el paisaje pampeano que la rodea. La parte preferida del poeta es el suburbio: la periferia, el conjunto de casas insignificantes que invaden poco a poco los baldíos libres y el espacio vacío del campo. El lector se vuelve, de esta forma, espectador de la obstinación de Borges en buscar la memoria de la ciudad poscolonial de su infancia. Una memoria que es, por lo menos en parte, ilusoria ya que, como es sabido, el poeta vuelve a Buenos Aires después de

haber pasado los años cruciales de la adolescencia en Europa. Además, el hecho de que nunca trató de abrazar la ciudad en su totalidad sino que hizo una selección de escenas modestas, criollas, según él más auténticas, es una actitud que sin duda tiene que ver con la experiencia europea del poeta.¹⁰

La ausencia que presupone la memoria restituida a través de los versos de Borges se resume entonces en una negación doble. Primero, es la negación de la acelerada transformación de Buenos Aires en una megalópolis caótica. Es la ausencia del referente como presente, como experiencia inmediata. Nombrando paisajes y personajes se intenta seguir las pistas de una ciudad que se esfuma y se transforma velozmente en un monstruo, en masa sin forma ni límites que se extiende hacia todos los lados que pronto tomará la forma de la urbe descrita por Raúl Scalabrini Ortiz, la de los rascacielos, de los *hijos de nadie*, del hombre de Corrientes y Esmeralda, una ciudad en la que ya no se podrá recordar ningún origen. Segundo, se trata de una forma de esquivar la versión objetiva-oficial de la historia. En “Fundación mítica de Buenos Aires” Borges no se preocupa por forjar el lugar primordial de un núcleo bonaerense histórico, sino la manzana de su propia casa en Palermo, rodeada por las futuras calles que la generaron: los cuatro horizontes de las calles Guatemala, Serrano, Paraguay, Gurruchaga, que se extienden dejando atrás el núcleo central de la urbe de rascacielos, grandes avenidas y multitudes, para salir al encuentro del campo y, a la vez, imponerse sobre éste.¹¹ Se trata de una memoria que remite a la cohabitación plácida entre campo y ciudad; no se agota en la descripción selectiva de sitios sino que es acompañada por incidentes y actos, a menudo heroicos, que ocurren entre los personajes que pueblan los lugares.

*Casas de Buenos Aires con azoteas de baldosa
o de cinc, huérfanas de torres excepcionales o*

de briosos aleros, comparables a pájaros mansos con las alas cortadas. Pero ¿qué importa? En una de ellas murió Evaristo Carriego, el hombre que dijo:

*El ciego
evoca memorias de cosas
de cuando sus ojos tenían mañanas...*

“Buenos Aires”, *Inquisiciones*, 1925.

No solamente Evaristo Carriego sino toda una variedad de compadres y malevos pueblan esta zona indecisa entre ciudad y pampa. Una cultura de provocaciones, cuchillos y heroísmo se instala en los barrios de esta ciudad nueva que carece de un pasado guerrero o de tradiciones extraordinarias. Estos personajes de los arrabales, de la orillas, encarnan la esencia del pasado, un pasado que forjará el futuro ya que le servirá de mito a través de escenas paradójicas, a las que el poeta atribuye un peso desproporcionado. Proceso coincidente con la apreciación de Bergson según la cual « *Pour évoquer le passé sous forme d'images, il faut pouvoir s'abstraire de l'action présente, il faut savoir attacher du prix à l'inutile, il faut vouloir rêver* ». ¹²

*¿Dónde estarán aquellos que pasaron,
Dejando a la epopeya un episodio,
Una fábula al tiempo, y que sin odio,
Lucro o pasión de amor se acuchillaron?
Los busco en su leyenda, en la postrera
Brasa que, a modo de una vaga rosa,
Guarda algo de esa chusma valerosa
De los Corrales y de Balvanera.*

“Tango”, *El otro, el mismo*, 1964.

La función de la memoria en la fundación borgeana de Buenos Aires surge entonces a través de una relación triple entre *ciudad, palabra y memoria*: la ciudad no existe sin ser nombrada (poetizada, cantada, literaturizada), sin ser fijada por la palabra, el *logos poético*, que restituye una memoria tanto evocada como inventada. El *logos poético* le devuelve a la ciudad su memoria, salvándola de la inexistencia y de la muerte, introduciendo en el presente lo que estando ausente corre el peligro de un desvanecimiento definitivo: la sumersión en el olvido. O dicho de otro modo, “la ciudad de Borges es una *ultra-ciudad*, real y presente, bajo la cual subyace más allá, del otro lado -del lado de *enfrente*- otra ciudad, la suya, surgida del pasado a través de la imaginación y la memoria y fijada por ese material que no logra desvanecerse al aire: la palabra.”¹³

III

Disgregación: el inicio del olvido

A diferencia de la poesía borgeana, en lugar de buscar la ciudad en la fundación de su pasado y de sus orígenes, seguiremos ahora el camino contrario que nos indica la novela *El aire* de Sergio Chejfec. Es el camino hacia la descomposición poética de una urbe que va perdiendo su memoria. Esta vez se trata de una ciudad de los finales y no de los principios, del siglo XX; de una ciudad que ha vivido durante varias décadas su estado de cosmópolis evolucionando para convertirse en megalópolis. El elemento criollo, buscado por Borges, ha sido tapado por las capas sucesivas de una cultura de inmigración, de un crecimiento explosivo, que implicó una modernización acelerada y una trayectoria política dispar.¹⁴

Si la poesía de Borges inventa un pasado, restituyendo y fundando la memoria, el recurso a los orígenes de Buenos Aires -que a él se le hace eterna-, los personajes de *El aire* están errando en un sistema urbano que pronto no podrán ya reconocer. El personaje principal es un hombre solo, abandonado por su mujer, que pasa sus horas unas dentro y otras fuera de las paredes de su apartamento, pero observando constantemente el espectáculo de la ciudad en la que vive: a veces como transeúnte en las calles, a veces como espectador por su ventana, a veces como lector a través de las noticias de los periódicos. “Buenos Aires seguía siendo una ciudad ominosa”¹⁵, repite Barroso (el personaje) varias veces, pero más que todo es una ciudad que está cambiando con el paso de los días y mientras él espera alguna noticia de su mujer desaparecida.

El cambio del paisaje urbano -que al principio parece un hecho decorativo, un elemento secundario, pero que finalmente se revela como el verdadero tema de la narración- surge como resultado de los cambios que ocurren en la vida cotidiana de los habitantes y que se resumen en lo siguiente: a) la progresiva desaparición del dinero como medio de transacción y su sustitución por botellas, b) la aparición en el centro de la ciudad de una clase de gentes que eligen construir sus ranchos en las azoteas de los edificios y que son calificados de “nuevos pobres” ya que no son los que suelen ocupar los baldíos de las afueras (no les interesa la ocupación permanente de los espacios sino que les basta poder cumplir con las necesidades básicas de la existencia cotidiana), c) la pérdida de elementos culturales que forman parte de la identidad nacional, como el fútbol, y la sustitución del lenguaje con matices locales por un castellano neutro y global.

El primer resultado visual que reflejan estos aconteci-

mientos es la “disgregación de la ciudad”(58). Los edificios y los demás signos materiales del espacio urbano pierden su función tradicional y se transforman en otra cosa.

La noticia era ambigua [...] El título decía “Ciudades elevadas y ocultas”. La foto consistía en una toma hecha desde un avión [...] y se veía una extensión indefinida de manzanas con rasgos más o menos semejantes, encima de cuyas casas y edificios había otras casas precarias hechas de tablas, chapas, ladrillos sin revocar. El subtítulo de la nota aclaraba “La tugurización de las azoteas”. Más abajo explicaba que muchos habitantes, ya que se veían obligados a residir en viviendas precarias [...] preferían vivir en ranchos levantados en las azoteas de las casas de la ciudad en lugar de construirse los en la Periferia [...] dado que evitaban de esta manera gastar en transporte el poco dinero que poseían y perder viajando el escaso tiempo que les quedaba. (60,61)

Las noticias del periódico -que anuncian los cambios que la mirada de Barroso confirma desde la ventana- parecen destinadas a individuos que no conocen esta ciudad, que están en ella por primera vez, que no tienen memoria alguna del lugar: como si el tiempo no existiera, los periódicos presentan cada elemento nuevo como una realidad “arcaica”(74) dando la sensación de un presente continuo y “agotadoramente duradero”(83) .

Las personas que ahora ocupaban azoteas eran distintas a las que decenas de años atrás habían ocupado terrenos [...] los nuevos grupos carecían de aptitud para vivir dentro de una

ciudad en condiciones precarias [...] poseían todas las limitaciones de la pobreza al mismo tiempo que sufrían todas las desventajas de la vida de la ciudad (137,138).

La ocupación del espacio por las multitudes -que pierden así su calidad de ciudadanos- empieza por las azoteas pero pronto se convierte en ocupación de todo espacio disponible en el área de la ciudad: los edificios semi-demolidos, o arruinados por el tiempo y la intemperie, se convierten rápidamente en baldíos y extensiones indeterminadas de tierra proclives a ser ocupadas por los que buscan terrenos para tender sus sábanas y dormir. Se trata de una nueva *autosuficiencia* que consiste en poder sobrevivir en un presente eterno, sin ambiciones (ni capacidad) de dejar huellas de su paso por los lugares. Sin levantar paredes, o cualquier construcción que determine el espacio, éste se revela como inexistente: nada más que sábanas tendidas y objetos desparramados. Paulatinamente, la noción del espacio se desvanece, ya que “El espacio no existe en la naturaleza, [...] sólo consiste en una amplia y penetrante continuidad de aire vacío; el obstáculo [es el que] produce el espacio” (139).

Bajo estas circunstancias Buenos Aires aparece como un espacio que carece de características propias (de identidad histórica u otra), se vuelve una ciudad cuya diferencia esencial con las demás ciudades de América Latina se resume en la facilidad con la cual “la asombrosa planicie bonaerense” permite erigir ranchos, “como quien se entretiene levantando casitas con un mazo de naipes”, y en el clima, que siendo relativamente bueno, permite que esas viviendas precarias se fijen con poco esfuerzo. Geografía y clima, esto es lo que le queda como elemento de identidad a esta ciudad en comparación con las demás del continente que también van

poblándose de ranchos de todo tipo.¹⁶

No hay peleas de cuchilleros en las esquinas, ni siquiera hay marcos de angustia, de delincuencia o de protesta (salvo el orinar y masturbarse colectivo de hombres que el personaje advierte al lado de algunas paredes). Lo que domina en estos lugares es la *inacción*. No solamente el pasado de la ciudad se está borrando por medio de la disgregación y el abandono que trae la demolición sino que el presente no podrá convertirse nunca en otro pasado por falta de huellas en la tierra y por falta de cualquier tipo de acción que pudiera marcar una historia: y los jóvenes ya parecen haber perdido la costumbre del deporte nacional. Quizás la causa de esta “indiferencia generalizada” sea esta misma planicie bonaerense, que mientras es una ventaja que permite levantar los ranchos con facilidad, al mismo tiempo forma parte de “una geografía tan desconsoladora” por lo monótona y lo interminable.

El resultado fundamental de esa nueva situación, en la medida que los ocupantes provisorios de los lugares se mudan cotidianamente, es la desaparición progresiva de rincones reconocibles de la ciudad y su substitución por espacios indeterminados de tierra vacía.

Esos baldíos indefinidos representaban una intromisión espontánea del campo en la ciudad, la cual parecía así rendir un doloroso tributo a su calidad originaria. Consistía en una regresión pura: la ciudad se despoblaba, dejaría de ser una ciudad [...] De manera literal, el campo avanzaba sobre Buenos Aires. (163)

La memoria corporal está poblada por recuerdos

afectivos en distintos grados de distancia temporal: el lapso interferido se traduce en añoranza y nostalgia. La transición de la memoria corporal a la memoria de los lugares se hace a través de actos como el de la orientación, del desplazamiento y sobre todo a través del hábitat. El acto de habitar, que constituye el lazo humano más fuerte entre el tiempo y el espacio,¹⁷ no existe más en esta Buenos Aires que aparece entonces débil y frágil. Es una ciudad de una modernidad degenerada y fracasada que se está “tugurizando” y progresivamente invadiendo por la planicie: del edificio a la ruina, de la ruina al baldío, del baldío al campo. La ausencia tanto de un pasado como de un futuro no deja sitio al recuerdo, no provoca ninguna evocación, no permite la emergencia de una memoria que sustituyera lo perdido por algo recuperado.¹⁸ Entonces, no puede haber ni añoranza ni nostalgia, porque los cuerpos que están errando por entre los edificios han perdido tanto su capacidad de orientarse en el espacio como la costumbre de habitarlo. Para ellos no hay más sitio en la ciudad. Y si no hay sitio para el sujeto en la ciudad, ella misma, paulatinamente, se desvanecerá.

Junto con la ciudad se va perdiendo el lenguaje con sus matices locales, y se produce una confusión y alienación lingüística. En este espacio no se trata ya de una vacilación entre el castellano de Cervantes o el idioma local de los argentinos; ambos van siendo reemplazados por el español estándar de los medios de comunicación, por aquel idioma que se escucha en “todas las ciudades donde se habla el castellano”.

Si en la ciudad no hay más lugar para el sujeto que la habita, la reconoce y la fija a través del lenguaje, la memoria cede lugar al olvido que domina tanto el espacio como las conciencias. La salud del personaje principal se quiebra

mientras Buenos Aires se aproxima al “ostracismo global”, retornando al campo, a “la misma anomalía originaria que la había diseñado”. Barroso muere por hemorragia esperando en su lecho el final “como efecto de la aflicción” ya que “el quebrantamiento de la salud era también una forma de la verdad”, confirmando así la hipótesis de Paul Valéry según la cual “*Sans mémoire, sans ‘présence du non-présent’ [...] la conscience serait un chaos, une douleur inexplicable, un éternel commencement*”.¹⁹

IV

Epilogo. El presente imposible o la memoria como vínculo entre pasado y futuro

El momento del despertar es descrito por Proust como el momento que permite el retorno de las cosas y de los seres al sitio al que se les había asignado la víspera, en el espacio y en el tiempo. Es el momento de re-establecimiento de contacto entre lo exterior y lo interior; entre lo anterior y lo posterior, lo conocido y lo imprevisto. Así la memoria surge en la conjunción del *estimulo* (que pertenece al mundo externo) con la *semejanza* (que pertenece al mundo interior). El momento del recuerdo es entonces el del reconocimiento (el “re” tiene aquí el doble sentido de retrospección y de repetición). Es por eso que reconocer significa, de alguna forma, envolver con presencia la alteridad (Ricoeur).

Si la percepción, acto que pertenece por excelencia al presente, desencadena en el interior del cerebro humano una serie de movimientos perceptivos, lo que hace nuestra memoria es dirigir hacia la percepción recibida (en tiempo presente) una multitud de antiguas imágenes semejantes

cuyo dibujo está ya trazado por movimientos anteriores. Toda percepción atenta supone la proyección hacia el exterior de una imagen creada anteriormente de forma activa, idéntica o semejante al nuevo objeto que se va moldeando en sus contornos. Entendemos entonces porque la memoria es el doble de la percepción.²⁰ Y porque el olvido equivale a la imposibilidad de moldear el mundo exterior en el cuadro de imágenes anteriormente creadas en el espíritu. Olvidar es no poder ubicarse, es haber perdido la orientación, es no poder reconocer los lugares como parte de un esquema conocido; es la incompatibilidad entre el adentro y el afuera. Por lo tanto la causa de la no ubicación puede ser un cambio radical no solamente en el mundo de afuera sino también en el de adentro.

Con la remisión de la ciudad el espacio, que era una categoría fundamental para la subsistencia de una memoria colectiva, se estaba desvaneciendo en el medio del aire. Y no solamente porque al demolerse las edificaciones retornara la naturaleza, sino también porque la misma memoria individual de los habitantes -fuesen o no pobladores- era incapaz de reconocer la ciudad. (164)

Como sucede con el idioma desconocido que suena como un conjunto de sonidos dispersos y sílabas sin cohesión, la ciudad alienada no puede ser reconocida, parece un conjunto de edificaciones fragmentadas. Lo que daría sentido sería un eje central en el que la capacidad de recordar tuviera el papel predominante. En este punto surge un tema crucial: no se sabe si la pérdida de ubicación, si la incapacidad de reconocimiento se debe a la alineación previa de los lugares o si la alineación de los espacios exteriores viene como con-

secuencia de la abolición previa de esquemas conceptuales que permitan al sujeto-observador reconocer la ciudad. En tal caso, el proceso de disgregación y de demolición de Buenos Aires como materia sería visto como una gran metáfora, ya que el verdadero arrasamiento y la disgregación primordial serían los de la máquina perceptiva y, sobre todo, de la memoria de sus habitantes.

De hecho, la nueva categoría de habitantes en la Buenos Aires de *El Aire* parecen no poder aguantar el peso de los recuerdos: “Los recuerdos poseen una dimensión intolerable, la cual consiste precisamente en su duración”(196)

Si así fueran las cosas podríamos resumir, determinando la función de la memoria en el caso de los dos escritores mencionados, como un componente esencial para la existencia de la ciudad, como un vínculo vital entre pasado y futuro.

Borges va hacia el pasado, rastrea al mismo tiempo que inventa un pasado para Buenos Aires. Este aparece como un pasado inmaterial, la creación activa de una mitología compuesta por escenas extraordinarias que puede servir de molde donde hacer encajar los hechos de un presente material y ordinario: “Esta ciudad que yo creí mi pasado,/es mi porvenir, mi presente.”²¹

La novela de Chejfec va hacia el futuro, descubre la ciudad y al mismo tiempo le inventa un porvenir que, por lo menos a primera vista, parece ser material. Se trata de una Buenos Aires disgregada, degradada, descompuesta que poco a poco se pierde, devorada por la planicie que le arrebató los rasgos que la definen como ciudad. Aparece como una pérdida material que, al mismo tiempo, es inmaterial ya que la ciudad existe y se pierde a través de las miradas y las ac-

titudes de los que la pueblan. La génesis y la desaparición de la ciudad como materia va entonces a la par con la génesis y la extinción de las categorías conceptuales -que son también culturales- de su percepción y comprensión: “El pasado era el olvido, el futuro era irreal; quedaba por lo tanto el presente aislado del universo” (196) .

En los dos casos podríamos decir que se busca la *otra* ciudad, la ciudad que no es la del presente. Éste se sitúa en la conjunción del pasado con el futuro y es imposible que exista por sí mismo. Porque el presente concebido como el “deber ser” todavía no es; y concebido como el “estar siendo” ya ha pasado. La percepción por instantánea que sea, es una ineluctable multitud de elementos rememorados y el presente no puede ser otra cosa que el incapturable progreso del pasado que avanza sobre el futuro, carcomiéndolo.²²

Volviendo al poema “El tango”, diríamos que si hay un instante aislado que hoy puede emerger contra el olvido y que tiene el sabor de lo perdido y lo recuperado será porque en algún lugar queda la otra brasa, la otra candente rosa de la ceniza que guarda enteros los puñales, los cuchilleros, la chusma valerosa de los Corrales y de Balvanera.

Notas

- ¹ . Sarlo, Beatriz (1993). 9.
- ² . Ferro, Roberto (1998). 19.
- ³ . ¡Qué lindo ser habitantes de una ciudad que haya sido comentada por un gran verso! Buenos Aires es un espectáculo para siempre (al menos para mí) [...] Pero Buenos Aires, pese a los millones de destinos individuales que lo alborotan permanecerá desierto y sin voz, mientras algún símbolo no lo pueble. Borges, (1994). 126.
- ⁴ . Borges, J. L., citado en Mendiola Oñate, P. (2001). 14.

- ⁵ . Ricoeur, P. (2000). 49.
- ⁶ . Teobaldi, D., G. (1998). 1.
- ⁷ . Zito, C. (1998). 34, 35.
- ⁸ . Ricoeur, P. 8, 53-54, 65.
- ⁹ . Ricoeur, P. 19.
- ¹⁰ . Wilson, J. (1999).
- ¹¹ . Se podría hablar también de una negación implícita de las fundaciones poéticas anteriores, ya que Buenos Aires aparece en la literatura desde el siglo XIX.
- ¹² . Bergson, H. (1993) [1939]. 87.
- ¹³ . Mendiola Oñate, P. (2001). 190.
- ¹⁴ . Por supuesto, tenemos en cuenta que en las décadas que interfieren entre esos dos extremos hay una producción literaria extendida en la que la temática urbana ocupa un lugar destacado. Desde los pasos angustiados de Erdosain hasta el trayecto cacodélfico de Adán Buenosayres y la ciudad de pesadillas de Sábato se forjan etapas (que tocan la relación sujeto-espacio) en las que el presente trabajo no focaliza.
- ¹⁵ . Chejfec, S. (1992). *El aire*. Buenos Aires: Alfaguara. 35, 127.
De aquí en adelante las citas de la novela serán indicadas por números de página, entre paréntesis.
- ¹⁶ . “En Buenos Aires [...] bastaba con acomodar algunas chapas y asegurarlas ligeramente para que ya quedara construida una vivienda precaria argentina usual” (141).
- ¹⁷ . Ricoeur, P. 49-51.
- ¹⁸ . Es lo que opina Beatriz Sarlo en “Buenos Aires, a Periferal Metropolis”, manuscrito facilitado por la autora.
- ¹⁹ . Citado en Tadié, J.-Y. (1999). 295.
- ²⁰ . Bergson, H. 112.
- ²¹ . “Arrabal”, *Fervor de Buenos Aires. Obra poética* (1995). Buenos Aires: Emecé.
- ²² . Bergson, H. 167.

Bibliografía

- Bergson, H. (1993) [1939]. *Matière et mémoire*. París: PUF.
- Borges, Jorge Luis (1994). *El tamaño de mi esperanza*. Barcelona: Seix Barral.
- Ferro, Roberto (1998). *El lector apócrifo*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Mendiola Oñate, P. (2001). *Buenos Aires entre dos calles: breve panorama de la vanguardia poética argentina*. Alicante: Cuadernos de América sin nombre.
- Ricoeur, Paul (2000). *La mémoire, l'histoire, l'oubli*. París: Seuil.
- Sarlo, Beatriz (1993). *Borges: A writer on the Edge*. London: Verso
- Tadié, J.Y. (1999). *Le sens de la mémoire*. París: Gallimard.
- Teobaldi, D. G. (1998). “La memoria del origen : algunos aspectos de la poesía de Jorge Luis Borges”, <http://www.vcm.es/otros/especulo/numero8/borgteo.htm>
- Wilson, J. (1999). “Borges and Buenos Aires”. *Donaire*, n° 13.
- Zito, C. (1998). *El Buenos Aires de Borges*. Buenos Aires: Aguilar.